

simple falta de respeto, de erigir la mediocre facha de uno de los últimos, de uno de esos mercaderes cosmopolitas de la más barata pacotilla intelectual, junto a la excelsa figura de Rodó, quien sí mereció y merece el dictado de maestro por todas las altezas del espíritu, porque su espíritu no fué espíritu de parroquia, de patriecita, un espíritu del Uruguay o del Plata, sino de América y de España, y de toda la raza española; y sobre ese amplísimo concepto, sobre ese amplísimo horizonte de su espíritu, él edificó y ciñó su obra tan armoniosamente como una cúpula, trabajando, plasmando y esculpiendo en mármol perenne sus ideas por medio del instrumento maravilloso de una lengua insuperable.

Quiero adelantarme a la malicia, ya sin duda apercebida en más de uno a dar a mis palabras la trivial significación de un desahogo, diciéndoos que, sean desahogos o no, así convienen a mi tesis, o si gustáis, a mis conatos de tesis. Me dirijo principalmente a los jóvenes, y me adelanto sobre todo a las suspicacias juveniles, porque los hechos a que aludo quizás no provengan de un carácter de raza, de un distintivo nacional, sino del simple y natural fenómeno de la reacción de los jóvenes contra los viejos, o contra los que, sin ser viejos aún, ya dejaron de ser jóvenes. Esa reacción es necesaria porque es ley de la vida. Pero no es necesario que se cumpla con brutal fracaso y violencia. Cuando el joven y el viejo habitan el mismo plano superior del espíritu, la reacción se resuelve en tolerancia, en buena paz, en respeto y provecho mutuos. Ambos, el joven y el viejo, saben que la luz que poseen les baja de un mismo punto, del ápice de una misma pirámide, del ápice mismo de la vida; y, por tanto, saben que la luz que esplende con fulgor matutino en la frente del que sube por la vertiente de la aurora es hermana gemela de la luz que se posa y agoniza en la frente del que ya se despeña por la vertiente del ocaso.

El entusiasmo, la fe y la esperanza misma no son forzoso atributo de la primera edad, patrimonio exclusivo de la juventud, pues de igual modo pueden llamear bajo la prócera nieve senil que dentro del alma ardiente de un joven. La vejez octogenaria de un Goethe, o la ancianidad luminosa de un Carlyle, o de un Renán, o de un Emerson, encierran todavía tesoros intactos de entusiasmo, de esperanza y de fe, bastantes no sólo a galvanizar y fecundar a muchas juventudes vacilantes por desconfiadas de sí propias y enfermas de duda, sino aun a regenerar infinitas juventudes de esas otras, pálidas, endebles — no en flor, porque de ellas no puede decirse que florezcan, más bien en agraz porque van

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

New England • LA DESPENSA • La Gran Vía

carcomidas de mal sana acidez — destinadas a perecer bajo un ataque apoplético de suficiencia y presunción, cuando no bajo un ataque cirrótico de envidia.

La fiesta de la raza ha sido tanto para españoles como para hispano-americanos un tópico fértil en rechiflas, agudezas y burlas. Algunos ingenios, admirables para inventar chistes de zarzuela, han visto sólo en ella la ocasión en que unos señores muy graves, trajeados de frac o levita, se reúnen anualmente a deshacerse primero en discursos y rehacerse después con champaña. Otros, más listos, le han hallado un interés utilitario e inmediato a la fiesta. Aparentan ignorar, lo que ya es cosa del dominio de Perogrullo, que en toda idea o acción de trascendencia están potencialmente las dos fases, los dos aspectos, los dos términos, en fin, de la justa y ponderada ecuación humana: materia y espíritu, utilidad e idealidad, objeto interesado e inmediato y desinterés inmediato o lejano, Sancho y Quijote, Calibán y Ariel. Son los dos términos correlativos, fatales y necesarios a la ecuación perfecta, así se trate de un individuo, de un pueblo o de la humanidad. No sólo de pan vive el hombre, pero tampoco el hombre se alimenta de pura esencia de espíritu. El individuo ha de hacerse físicamente fuerte para que su labor intelectual sea fecunda, así como los pueblos han de hacerse grandes, fuertes y ricos, a fin de apercebirse a ejercer, como deben, las funciones superiores de la ciencia y del arte. Ariel por sí solo pierde las alas, como ya las perdió una vez en Grecia entre las garras de Roma. Y a Calibán no debe dejársele solo, porque devasta y aniquila, como en este momento, solo, está devastando al mundo. Se necesita de Calibán, de un Calibán seguro de su fuerza, bien asentado en su animalidad, para que desde sus hombros Ariel, sereno y confiado, pueda entregarse al vuelo con soberana limpieza de ímpetu. En la más corriente propaganda mercantil, en un ordinario intercambio comercial, cabe un interés político futuro, y a veces el interés político supremo de un pueblo, de una raza, de una civilización. En el más remoto origen de la unidad italiana de hoy, mucho antes de los Garibaldis, Mazzinis y Cavoures, mucho antes de los Petrarcas y los Dantes, más fuerte que las combinaciones de los políticos, más hábil, sutil e inocente que las intriguillas diplomáticas, más lim-

pio de sangre y lágrimas que los hechos de armas heroicas, halláis, con los versos del juglar que iba de corte en corte y de castillo en castillo, el modesto cajón de baratijas del buhonero.

Entre nosotros, algunas de las manifestaciones adversas a la fiesta de la raza provienen de cierto natural modo de ser contradictorio. Padecemos de una falta de lógica originaria. Y su explicación está en una fatalidad orgánica, histórica, en el proceso peculiar seguido por la conquista española en nuestro país, aparte de otras razones, igualmente históricas, pero no fatales, antes bien corregibles, derivadas de la guerra de independencia. Hemos vivido y vivimos contra todo equilibrio y cordura, una vida económica excéntrica, ideal y aun materialmente a gran distancia de lo que debiera ser el centro de nuestra racional evolución económica. Entramos definitivamente en la historia, con el genio del Libertador, por el Orinoco y el llano, y, para conquistar a nuestra República la fuerza y la riqueza de los grandes pueblos, el llano y el Orinoco nos esperan todavía. De una parte poseemos en el Orinoco, nuestro gran río, el instrumento insustituible de un cabal desarrollo agrícola, pecuario, minero, económico en suma, a la vez que el arma pacífica, si no el arsenal más fuerte, para mantener sin menoscabo ante América y el mundo nuestra personalidad histórica. De otra parte, el llano abarca la casi totalidad de nuestro territorio y prevalece en nuestra geografía, como el llanero, factor también insustituible de independencia, ha prevalecido y prevalece aún de tal suerte en nuestra historia, que, de cuando en cuando, a través de nuestras instituciones y leyes, resquebrajadas por lo débiles y postizas, rompe centelleante el haz agresivo y heroico de las lanzas de Apure. Así, el centro de nuestra vida económica, nuestra metrópoli económica, si no la capital política nuestra, debiera haber surgido en uno de los puntos de conjunción del Orinoco y el llano, tal como las metrópolis de dos pueblos hermanos del Sur, Montevideo y Buenos Aires, que, erguidas a la margen de su Plata portentoso, constituyen los mismos umbrales de la pródiga pampa materna.

Al error económico aparece correspondiendo, como en correlación estrecha y necesaria, un error político. Así como hemos nacido y vivido fuera de nuestro centro económico, aspiramos